

Volumen XIV.—Septiembre 1.º de 1919.—Número 138.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXIX

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Septiembre 1.º de 1919

ALOCUCION

DEL DIRECTOR DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
EN LA JUNTA EXTRAORDINARIA DE 6 DE AGOSTO DE 1919

Festeja la Academia Colombiana correspondiente de la Real Española, en esta junta extraordinaria, tres gratísimos aniversarios: el de su propio nacimiento, el de la fundación de Santa Fe y, principalmente, el centenario de la batalla de Boyacá. Une así la gloria de Quesada a la de Bolívar; el homenaje que rinde a la colonización, al que tributa a la independencia; la glorificación de Colombia a la de España, como se juntan esos dos nombres en el título de nuestro instituto.

La patria es una a través del tiempo, aun cuando muden razas e idiomas, leyes y costumbres. En el capitolio romano se mantiene una loba, en memoria de la que, según la fábula, amamantó al fundador de la ciudad eterna, y allí señorea la estatua ecuestre de Marco Aurelio, siglos después de haber desaparecido el reino, la república, el imperio. Francia glorifica al galo Vercingétorix a par del franco Clodoveo, y levanta estatuas a la beata Juana de Arco, defensora de la monarquía, con el estandarte flordelizado en la diestra, y a Napoleón I que enarbola el tricolor de la revolución y lo pasea en triunfo desde Egipto hasta los confines occiden-



tales de Europa. Se enorgullece España con Viriato y con el Cid, con Gonzalo de Córdoba y con Castaños. Y yo me inclino ante Venero de Leiva y Ezpeleta, como ante Nariño y Santander.

Pusieron los conquistadores la fe católica en nuestras mentes, la lengua de Cervantes en nuestros labios, la hidalguía castellana en nuestros pechos; y los libertadores completaron la tarea dándonos patria independiente y republicanas instituciones unguidas con el óleo sagrado del martirio y del triunfo. La guerra de emancipación estuvo conducida por jefes de sangre netamente española, y fue el vencimiento de la monarquía, pero nueva, inmortal victoria de la raza.

El combate cuyo centenario se cumplirá dentro de unas horas, no sólo confirió la soberanía a nuestra patria, sino que fue decisivo para la emancipación americana. Sin él no habrían existido Carabobo, Junín, Pichincha ni Ayacucho. Allí se puso el sello a la alianza entre Nueva Granada y Venezuela. Los granadinos se habían batido como leones en Niquitao y Las Trincheras, Bárbula y San Mateo; los venezolanos pagaron con creces, en Boyacá, la deuda de sangre y de heroísmo. Todas aquellas épicas acciones de guerra fueron inspiradas y dirigidas por el genio casi sobrehumano de Bolívar.

Tiene Caracas la gloria que nadie será osado a disputarle de haber sido cuna del Libertador. Pero él no fue hijo de la República de Venezuela: al contrario, fue su padre, como lo fue de Nueva Granada y Ecuador, de las cuales hizo una sola República, grande como su fundador y como él, infortunada. Bolívar no tuvo sino dos nacionalidades: fue colono de España antes de la magna epopeya; después, hasta la muerte, ciudadano de Colombia la grande.

Estamos reunidos por primera vez en el suntuoso

edificio destinado a la Academia por el Congreso Nacional y levantado por un mandatario ilustre ausente hoy en servicio de la patria. Alzase este palacio en el sitio del solar de don Miguel Antonio Caro, y tiene delante la estatua de aquel príncipe de las letras, no en pie en actitud batalladora, sino sentado en el sereno reposo que sigue a la victoria (1). Ese bronce es guardián de nuestra Academia; es ejemplo perenne de cómo caben en una sola alma el culto de la tradición y el del progreso; el respeto a España y el amor ferviente a nuestros libertadores. En este mismo sitio conocí, en el seno de la intimidad, las amarguras de aquella grande alma. Fuí partícipe de sus dolores, sin serlo de sus triunfos. Simón el Cireneo no aparece en las páginas del Evangelio después de la resurrección de Jesús. Pero me queda la satisfacción de haber comprendido a Caro, de haber bebido de su cáliz y de haber sido fiel a la amistad y confianza con que se dignó honrarme.

Nuestra patria goza hoy de los beneficios de una dilatada paz, conserva intacta la fe de sus mayores, disfruta de las más amplias libertades y aguarda un próximo porvenir de engrandecimiento material.

Libertador! Dormid en paz vuestro sueño en la noble tierra donde se meció vuestra cuna, y regocijese vuestro espíritu inmortal al ver que junto con la independencia nos disteis todos los demás bienes, que vuestra labor no fue perdida, que no arasteis en el mar!

(1). La estatua de Caro, decretada por el Congreso, se erigió en la administración Restrepo, merced a la labor y celo del doctor Simón Araújo, Ministro de Obras Públicas. Es de elemental justicia reconocerlo y recordarlo.

